

15 céntimos el número



Año I.

Barcelona 10 Diciembre de 1892

Núm. 28

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.ª, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA

SUMARIO

Texto.— Crónica, por B. — Las señoras del café, por FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA. — Porvenir de las almas (poesía), por RAMÓN DE CAMPOAMOR. — Parsifal de Ricardo Wagner, por E. de MIER. — Nuestros grabados. — Mesa revuelta. — Recreos instructivos, por JULIÁN. — Advertencias.

Grabados. — Fernando Martínez Pedrosa. — La Virgen de los Concelleres, retablo de LUIS DALMAU. — Encuentro del Dante y Matilde, cuadro de ALBERTO MAIGNAN. — PARSIFAL: Teatro de Munich. — Exterior del teatro de Baireuth. — Interior del teatro de Baireuth.

Crónica

SIGUEN dando que hablar los anarquistas. En uno de estos días debe verse ante el Tribunal de los Assises de París una causa que descubre hasta qué punto tienen el corazón de hiena los que están fanatizados por aquellas ideas. Se le denomina el proceso del «pequeño pastelero», por ser este el oficio del joven Brisson, asesinado, con circunstancias horribles, por dos anarquistas llamados Hugot y Roussel. Acusábanle éstos de haber denunciado á algunos anarquistas á la policía, y para vengarse le embriagaron una noche en Saint Denis, y cuando le vieron perturbado por los vapores del vino lo llevaron á orillas del Sena. Con refinada crueldad, y para impedir que huyese, le dieron una cuchillada en la pierna y en seguida le pasaron una cuerda por el cuello, le hicieron poner de rodillas y, parodiando un juicio, le condenaron á muerte, lo cual ejecutaron dándole una cuchillada en el corazón que le dejó sin vida. Ataron luego el cadáver y lo arrojaron al río. Aquellos dos malvados fueron descubiertos y debían ser juzgados, siendo de esperar que la justicia francesa será inexorable con ellos y que expiarán su crimen con castigo proporcionado á la misma refinada maldad que se advierte en todos sus pormenores.

* * *

Otro anarquista habrá de comparecer ante los tribunales franceses. Es este el llamado François ó Francis, á quien se cree complicado en la explosión del restaurant Very y que logró escapar á Inglaterra, donde, merced á las pesquisas combinadas de las policías francesa é inglesa, se le pudo descubrir y se logró detenerle. Poníase en duda si los tribunales de la Gran Bretaña concederían la extradición que había pedido el Gobierno de la nación vecina. Es cierto que impera á veces en aquella nación un criterio que es algo de ancha manga para ciertos criminales, mas el crimen de que se acusa al cómplice de Ravachol es de aquellos que tienen alarmadas á todas las naciones y para los cuales no cabe la indulgencia y menos el criterio que por muchos años habían aplicado los Estados Unidos á los delincuentes que se refugiaban en su territorio. Por ello el juez que entendió en el proceso de extradición la acordó, aplaudiendo su resolución los periódicos ingleses de mayor circulación y de más importancia. El *Daily Telegraph*, hablando de ello, publicó los siguientes enérgicos párrafos:

«Sir John Bright, magistrado inglés, ha cumplido su deber concediendo la extradición de Francis. Tengan bien entendido los dinamitistas por este veredicto que Inglaterra no es un asilo para los infames que conspiran contra los gobiernos extranjeros é inmolán á inocentes

víctimas. El anarquista que crea que la humanidad avanzaría más sin leyes, ni gobierno, ni fe, ni familia, ni trabajo, guarde su creencia para sí; pero si la practica por medio de asesinatos, se convierte en perro rabioso de la sociedad y debe perseguírsele y aniquilársele.»

Razón tiene el sesudo periódico inglés. Los hombres que no reparan en causar la muerte de innúmeras personas por medio de horribles sustancias explosivas, utilizando los medios que ponen en sus manos los modernos adelantos de la química, han de ser tratados como perros rabiosos, y, como se hace con éstos, perseguirlos sin descanso ni compasión hasta aniquilarles ó reducirles á la impotencia.

* * *

A contrarrestar los esfuerzos de los socialistas, de los anarquistas y de los mismos radicales tiende la *Comisión de la Liga de propaganda católica y social* establecida en Francia. Difundiendo las doctrinas religiosas que la Comisión sustenta y que tan elocuentemente defendió en la Cámara hace pocos días el conde Alberto Mun, se lograría, dentro de plazo más ó menos largo, dejar en cuadro las huestes del comunismo y del socialismo, conforme lo hemos sostenido en otras ocasiones al lamentarnos de los daños que está causando la prensa antisocial, inmoral é irreligiosa. Recuérdese á este propósito la famosa frase de Ravachol: «Si yo creyera en Dios no hubiera hecho lo que he hecho.»

* * *

Hablamos de la compra de votos en los Estados Unidos, en donde los procedimientos yankees favorecen los vicios del parlamentarismo, pero en Europa hemos de exclamar, repitiendo el viejo adagio: en todas partes cuecen habas y en mi casa á calderadas. A cuanto se sabía ya respecto de compra-venta de votos en diversos países, porque tal vez ninguno escape á la infección que domina en la política, hay que añadir las nuevas curiosas que ha publicado un periódico suizo sobre las últimas elecciones para diputados en Italia. Según el diario aludido, nunca había habido en aquel Estado tanta corrupción ni se habían comprado tantos electores como esta vez. Uno á uno compraron los votos el gobierno y los candidatos de los dos partidos, especialmente de los pueblos rurales. Se vendían al mejor postor, en pública subasta, ni más ni menos, de la manera más descarada. Aparte de esto, y conforme se hace en todos los países, los electores, en muchos pueblos, fueron obsequiados con buenos almuerzos y abundantes cenas, refocilándose á costas de los candidatos y sacando la tripa de mal año por espacio de algunos días. En un municipio de la Italia del Norte, un candidato liberal encargó que se comprara á los electores, pagándolos al precio de dos francos por cada voto. A los dos días llegó el emisario del candidato conservador y ofreció tres francos por voto, pero los electores se portaron honradamente contestándole: «Habéis hecho tarde, puesto que hemos vendido ya nuestras papeletas por dos francos.» ¡Valiente sufragio y valiente manifestación de la opinión y de los sentimientos del país!

* * *

El malhadado asunto del Canal del Panamá ha producido ya una víctima. El barón Reinach murió en París, según unos por causa de una congestión cerebral que le ocasionó la irritación que en él produjeron las noticias relativas al acuerdo adoptado por la Cámara, y según otros

suicidándose por el efecto que en su ánimo causaron estas mismas noticias después de la mucha parte que el barón había tomado en los negocios de aquella Compañía. Las revelaciones que sobre este particular hizo M. Delahaye en la Cámara, espantan y revelan un fondo de corrupción que pone miedo al hombre más valeroso y le hace desesperar de la sociedad de nuestros días. Habló aquel diputado, en medio de las furiosas interrupciones de la izquierda, de 300,000 francos exigidos por un ministro á la Compañía del Canal, de un periódico parisiense vendido por 200,000 á la propia Compañía por un ministro también, y con frases veladas señaló á un diputado, cuyo nombre todos adivinaron, que formó parte de la última Comisión parlamentaria encargada de examinar la cuestión relativa al empréstito del Panamá, y el cual vendió su voto por la friolera de otros 200,000 francos. M. Delahaye concluyó afirmando que estaban allí presentes cien diputados que podrían probar lo que él estaba sosteniendo. Con motivo dicen los periódicos más formales, y repite la gente de seso, que está carcomida la actual situación en Francia, y que el episodio Wilson-Grevy fué sólo un ligero preludio de lo que se prepara con ocasión del famosísimo canal. ¿Se hará al fin luz sobre lo ocurrido? Razones hay para dudar de ello, porque son muchos y son poderosos los que están interesados en que todo permanezca oscuro, y en que, por lo tanto, no se pueda llegar á depurar la responsabilidad de cuantos intervinieron en que desaparezca, como el agua echada en la arena, la suma colosal de mil millones de francos. Si por lo menos lo ocurrido con esta empresa hiciera más cautos para lo sucesivo á los que emplean en acciones y obligaciones los ahorros de largos años de trabajo. Es de temer, empero, que nadie escarmiente, y que si más adelante, desvanecida la turbonada de ahora, se anuncia una nueva Compañía, por quiméricos que fuesen sus proyectos, y se cotizan con prima sus títulos, acudan los incautos al señuelo y vuelvan á dejar en ella el fruto de sus vigilias y sudores.

* * *

Los prelados que asistieron al Congreso Católico de Sevilla han elevado á S. M. la Reina Regente, según lo acordaron, un Mensaje para rogarle que tome parte en la empresa católica y santa de devolver la libertad al Romano Pontífice. Firmado en Sevilla empieza con estas palabras:

«Señora: Los Prelados reunidos en esta noble y católica ciudad para presidir el tercer Congreso Católico nacional, y que han tenido la alta honra de ser obsequiados por S. M., no quieren separarse para volver cada uno á sus respectivas diócesis y consagrarse de nuevo á las tareas de su sagrado ministerio en bien de los pueblos que les han sido confiados, sin dejar consignados en humilde y sincero mensaje los sentimientos de profundísimo respeto y lealtad que han distinguido siempre al Episcopado español, su cordial agradecimiento á V. M. que, honrando á los Obispos, ha dado nuevo y solemne testimonio de su acendrada piedad y amor á la religión, y la firme esperanza que abrigan de que serán atendidas las instancias del Episcopado elevadas á V. M. y á su gobierno en el Congreso de Zaragoza, y la que han resuelto elevar al mismo en éste de Sevilla.»

Recuerdan luego los reverendísimos Arzobispos y Obispos que es base fundamental de la sociedad española la Santa Religión que la hizo tan grande, respetada y gloriosa en pasados siglos; exponen su esperanza de que aquellas glorias reflorescan en el reinado del rey Al-

fonso XIII, viéndose realizados, con el auxilio de la Reina, los votos ardentísimos de todos los españoles.

«Objeto principal de éstos,—añaden los Prelados,—es la liberación é independencia del Romano Pontífice, cuya situación, como él mismo ha dicho repetidas veces, es por demás angustiosa é intolerable. Esto oprime dolorosamente el corazón de los católicos de todo el mundo, que en cuantos congresos celebran en todas las naciones, protestan contra la opresión, y claman por la restauración del poder temporal, necesario para el ejercicio del poder espiritual del Supremo Jerarca.

»Si la situación del Vicario de Cristo en la tierra aflige hondamente á los católicos, muy bien comprende V. M. cuánta mayor amargura produce en el corazón de los Prelados de la Iglesia, que ocupan un lugar preferente entre los hijos del Padre común de los fieles.

»Temblamos, Señora, pensando en las eventualidades de una guerra internacional, y en los peligros á que por ella podría verse expuesto el venerable anciano León XIII, inerme, aislado y encerrado en el Vaticano sin defensa y sin protección ostensible de las naciones católicas. La prensa periódica ha agitado esta cuestión no hace muchos días, porque á nadie se ocultan las complicaciones á que podría dar lugar una lucha en que tomase parte la Italia.

»Consideramos, pues, un deber de Obispos católicos suplicar á V. M. que tanto ama al Romano Pontífice, que se interese vivamente para que se le asegure la libertad é independencia, y para que en cualquier evento quede garantizada la inviolabilidad de su morada y de su augusta persona. ¿Será V. M. la escogida por la Providencia para llevar un consuelo eficaz al atribulado Pontífice, y calmar la ansiedad angustiosa de los hijos todos de la Iglesia Católica preparando lo que tan justamente desean y piden á todas horas?

»Empresa es esta digna de V. M., Reina católica que en nombre de su Augusto hijo rige los destinos de esta gran nación; acrecentaría el respeto y el amor que á V. M. profesan los españoles por sus egregias virtudes, atrayéndole multiplicadas bendiciones de todos los católicos y del venerable Pontífice, que con tanto gozo de su alma quiso ser Padrino de S. M. el Rey don Alfonso XIII.»

B.

Las señoras del café

SERENAS resbalan las horas en el café de vecindad; amena y jovial se desliza la existencia en el *Asidético*, donde se sirven cenas suculentas, así de *gallina en pepitoria* como de *caracoles á la marinera*. Refrescos, *leche amerengada*, *queso y quesitos*; pastelillos y *anisado del Mono*; *sopa de hierbas ó de almendra*, y especialidad en *tostadas*.

¿Y qué me dicen ustedes del servicio? Hay, para cien parroquianos, dos camareros con sus correspondientes *echadores* que hablan dialectos cántabros y otras lenguas. El local es chico, pero le ensanchan dos espejos mayúsculos de luna opaca. ¡Y qué lujo! Mesas imitando mármol sanguíneo, diez lámparas de petróleo como diez soles; banquetas donde podría uno estar sentado toda la vida, y techo floreado de papel de dos reales, y bajito para que la música no se pierda en los espacios. *Billar*, *tresillo*, *lotería*, *mús* y otras distracciones elegantes. Fósforos, papeles públicos y billetes de rifas; piano diario hasta las tantas de la noche; bolero coreado y *cante* de andaluzas y patrió-

ticas dos veces á la semana. También se dieron un año conciertos matutinales, pero hubo que suprimirlos por exceso de concurrencia gratuita y porque el director del cuarteto tuvo que empeñar el fraque que le había mandado hacer el dueño del café, y no pudo volver á presentarse.

Desde entonces la escogida concurrencia que atesta el local, compuesta de lo más selecto de los barrios centrfugos, se halla suspensa de las armonías que derraman los dedos del profesor de piano y organillo expresivo, joven bastante reputado, y de los talones de la bolera, siempre firme, aunque un tanto entrada en años. Llámense estos artistas Pepito Tarín y la Felipa, y no se sabe qué admirar más, si el compás del primero ó el jaleo de la segunda.

¡Lo que allí se goza! Las paredes tienen miel, el cafetero la adhesión de todas las clases; los camareros, acreedores de cenas al fiado, furiosas simpatías; el pianista y la bailarina, una clac que parece una caja de truenos. Comienza una sesión ordinaria, es decir, sin baile ni coplas, y en ella se dan á conocer los abonados.

El *Asiático* está en su plenitud de once á doce de la noche. A esta hora se atropella la concurrencia, y sus tertulias principales son: estudiantes de medicina, gente alegre y dicharachera que no todos toman; cesantes de varios ramos; comerciantes que viven de la quiebra; grupos de músicos que no tocan pito; reunión política de sujetos de profesión desconocida, presididos por una peínera y su edecán el peínero; caballeros de medio pelaje forman otras secciones. En varias mesas, militares de reemplazo y carabineros en activo servicio. Un sujeto aislado, que asiste puntual y cotidianamente á tomar una botella de cerveza, sin que apenas se haya oído el metal de su voz, ni se sepa quién es ni cómo se llama. El mozo le tiene por mudo, pero una noche le pisó un callo y el aludido no calló. Hay otros muchos parroquianos menos consecuentes; otros de asistencia terciaria; abundan los transeúntes y se distingue, por lo bullicioso y favorecido, el velador donde brilla y consume gratis la Felipa, y otro inmediato donde sienta sus reales Tarín, cuyos tertulios aseguran que se han dado casos de venir gente de fuera de Madrid, expresamente á oír al maestro.

Para completar el pintoresco cuadro falta lo principal, las señoras del café, el bello sexo encantador que allí mantiene el espíritu sociable de estos tiempos. A la hora convenida empieza la exhibición: todas vienen compuestas y emperejiladas al culinario templo, y se colocan en las mesas próximas á las de los jóvenes incautos, desplegando la astucia del cazador de lazo ó del pescador de red.

Dos jamonás forman la avanzada exploradora; huerfanitas que, según dicen, *hase veintisinco* años que perdieron á mamá y papá en Marbella. Más de dos tercios de siglo suman sus edades, y todavía son coquetas; en el café se las conoce por las *francesillas* por llevar el pelo teñido de color de oro; sus fées de bautismo las nombran Nemesia y Casta, y cualquiera de ellas, al hablar de la otra, dice «la niña.» Al presentarse saludan con majestad de reina á los consocios:

- Felises*, Remigio.
- Buenas noches.
- Abur, don *Sesilio*.
- Señores...
- Señoras...
- ¡Jesús, qué *calórico*!
- Abur, Tarín.

Y alzando el codo á la altura de la vista dan á éste un apretón de mano de golpe y porrazo.

Aparece Domingo, mozo de su confianza.

—Abur, Domingo. Limpie usted un poquito. ¡Qué *susiedad* la del *Asiático*! ¡Uf, qué humo! Está esto hoy abrumador. ¿Hay agua fresca? ¡Pero, por Dios, que no sea del *Losoya*! Por ahora no queremos más.

Siéntanse con la mayor dignidad posible, y se quitan las toquillas con madroños que traen sobre el promontorio superior, donde forman una *montaña rusa*, desperdicios de crepé, caprichos de pelo atirabuzonado, lazo de cintas amarillas y verdes, una dalia de papel rojo, dos mariposas de concha imitada y otros accesorios de belleza. Las *francesillas* atisban á los aprendices de *gomoso*, á los médicos en agraz y á los carabineros; envidian á la peínera; tosen cuando alguno entra ó sale; se sonríen con un prestamista, y estudiando sus posturas y aquel mirar de ojos tan zaragatero, *toman varas*, cuando no hallan otra cosa más sustanciosa que tomar.

De pronto miran con mal disimulado enojo á la puerta, por la que acaban de entrar sus émulas, las señoritas de Perogordo. Cuatro hermanas, á cual más pizpireta, que vienen seguidas de su mamá. Éstas no la han perdido todavía, afortunadamente, y de ello deben felicitar, porque si son necesarias las madres á todas las hijas de la gran familia social, menos que todas pueden verse privadas de ellas las señoritas de café, que aspiran á casarse y necesitan fuerza moral.

Nemesia, al verlas, dice á su hermanita:

—Ya están ahí las reventantes de las *Perogordas*.

Y Casta replica:

—Valientes *salameras*: *cursilonas* que vienen aquí á su *negocio*.

Las *Perogordas* ya están sentadas. Hanse arrellanado en un diván frontero al de las *francesillas* y colindante con la mesa filarmónica de Pepito: unas y otras se saludan enseñando la caja de los dientes, con risita de conejo.

Doña Espectación, viuda de Caña, cuyo marido falleció el día que contaba nueve hijas, presenta un físico incapaz de hacer traición al apellido de su esposo. Sus niñas,—las cuatro que le quedan, pues se llevó el Señor cinco,—pensaron un día que el apellido de Caña no era propio de una familia de delgadas, y resolvieron sustituirle con el de *Perogordo*, que es el de la mamá. Fírmanse desde entonces así, y desde entonces las señala el vulgo con el dictado de las *Perogordas*. Doña Espectación, con su voz vagamente aguda y decaída por los padecimientos físicos y morales, nos dará á conocer sus caracteres, atractivos y nombres, delicia de los aficionados y cursantes en la escuela de Cupido, que en torno de su mesa han ido arrastrando las banquetas, después de los saludos y llamadores de manos correspondientes.

—Vamos, niñas, aunque todavía es pronto, ya podéis ir pensando lo que vais á tomar.

Y añade por lo bajo:

—Hoy tomamos todas.

Lo cual significa que no piensa pagar lo que consuma: pues cuando el gasto ha de satisfacerse de su bolsillo, se pide de lo más barato y quedan sin ración las bocas á quienes, según el más riguroso turno, toca ayunar. En ocasiones se ceden los turnos y toman dos veces seguidas la que tiene más sed ó más gana; otras, piden todas agua con unas gotitas de cualquier cosa y azucarillos: lo más usual es que se asigne á cada una lo que ha de tomar, obligándose las agraciadas de aquel día á hacer tres ó cuatro finezas á las bocas de reserva, para no dar á entender que la patria está oprimida.

Con un «beso á usted su mano» han saludado á coro

las niñas á Tarín. Sus abrigos se han metido, hechos un lío, debajo de la mesa; los dedos de cada niña han aderezado sus tocados; sus rostros ostentan una espesa capa de *blanco cera de Matilde*, vulgo harina de costal, y toma la palabra doña Espectación:

—¡Es mucho el afán de estas hijas por no faltar al *Asiático*! Más de dos horas se han estado vistiendo y casi se vienen sin vestir; María Dolores, está delicada de los sabañones; María Francisca se entretuvo leyendo el folletín del *Cencerro*; María Rosa... Niñas, no me hagáis señas, quería acabarse ese *fichú*, y al fin no se le acabó, y María Cruz tiene días de murria ó *espline*, y hoy ha sido uno de ellos. ¡Pobrecitas! ¡Si vieran ustedes qué alhajas son! No es porque estén delante, pero ni con la linterna de *Ydiogeno* se ecuentran cuatro chicas más cabales. Cruz, para el bordado á la cadeneta; Paquita, para la plancha, pues, ¡riza hasta allí! *Doloritas*, para la máquina, y María Rosa, para el *canto* y para otras chucherías, pues hace *suspiros* mejores que los de las monjas de Pinto, *buñuelos de garbanzo* y *calandrajos*.

Los contertulios sueltan una carcajada subversiva al oír tal nombre, y la mamá continúa:

—¡Calandrajos! ¡Pues ahí es nada! Sin duda ustedes no los han probado nunca; pues hijo, son una cosa exquisita y muy á propósito para tomar un copa de *cura-asao* ó de cosa semejante. En casa los hacía la abuelita; después los hizo mamá, luego yo, ahora mis niñas. Por un *calandrajo* me casé yo con mi esposo; pues me *sosprendió* un día con la masa entre los dedos, y cuando se le dió á catar aquel bollo tan rico y tan doradito se quedó que no parecía sino que se había comido un pavo *trupé*. Aquel día se enamoró Caña perdidamente de mí, y á los siete años justos de relaciones, me llevó al altar... ¿Pero no tomamos, niñas? exclama en brusca transición la señora de los calandrajos, llevándose la mano á la boca para contener furtivo bostezo. Yo he comido á disgusto, hijas, y estoy resentida del estómago.

—Yo tampoco he comido bien, dice el joven Ezequiel, alumno de administración militar, por lo cual voy á acompañar á ustedes.

—Sí, sí, *Zequiel*, tome usted lo que guste.

—Donato, la lista, grita el joven intrépido.

Y un murmullo general anuncia que Tarín se ha sentado al piano.

Revélase la impaciencia en miradas é interrogaciones: todos dicen:

—¿Qué tocará?

Y las *francesillas*, colgándose la servilleta, sonríen diciendo:

—Nuestra es la jornada.

Mientras el Thalberg nocturno del *Asiático*, después de algunas escalas *tropeantes*, entra en materia.

—¡Jesús! ¿Qué es eso? exclaman las *Perogordas*. Música macarrónica. Eso es *Trovador*.

—¡Cá! dice Cruz, *Hugonotes*.

—¡Qué atrocidad! hijas, añade Rosa: *Hernani*.

—Te digo que no.

—Te digo que sí.

—¿Qué apostamos á que es el aria de tiple de *Hernani*?

Doña Espectación, que empezaba ya á entornar los párpados, se enfada:

—¡Callad! ¿Qué importa que sea aria de doble ó de triple?

—Pero, mamá, ¡si digo que son *Hugonotes*!...

—¡Pues yo que es *Hernani*!...

—Pero, señor, repite doña Espectación, ¿qué más dará *Monotes*, que *Hernández* ó *vice-versa*?

Llega el mejor momento del aria, cuando Nemesia y Casta empiezan á engullir dos tortillas á las finas hierbas, que éste es el refresco con que suelen atemperarse.

—¡Ya están atracando aquellas! murmuran sus antagonistas. Y eso que hoy no tienen quien pague.

—Ya saldrá el primo, refunfuña la mamá.

Las *francesillas* conocen que se habla de ellas, y dicen con retintín:

—Hija, hoy está esto muy *cursilón*.

—¡Qué atrocidad! ¡parese que estamos en la *Plaza de la Sebada*!

Tarín zurra las teclas, y cuando la pieza está en su mayor brillantez, asoma en el salón la peinera y habla así al peinero:

—¡Qué bien cantaba esto Ronconi! ¿Te acuerdas, Melitón?

En tanto Ezequiel lee la lista en alta voz:

—Jamón frito con tomate, 6. Idem con huevos, 6. Idem en dulce, 6. Idem á la granadina, 8. Idem á la portuguesa, 10.

Rompe la concurrencia en un estrepitoso aplauso al pianista, y Ezequiel dice al mozo:

—Café con media tostada de abajo.

Suena otro aplauso más fuerte y exclama doña Espectación:

—Hijas, ¡qué aplausos tan *nutritivos*! Conque, ¿qué vamos á tomar?

Una de las niñas:

—Con la calor no sé qué hacer. ¿Hay sorbete de *flor*?

—Se ha acabado.

—Pues, Donato, tráigame usted menudillos al natural.

—A mí, dice otra, chocolate con picatostes grandes.

—A mí, ternera en salsa, si la hay del día, y si no una *riñonada frita*.

Y la cuarta, no queriendo tomar nada, pide leche caliente y pan con manteca de Flandes, á reserva de pedir luego lo demás.

Faltaba la mamá: las chicas y los muchachos la animan á que cene sin duelo.

—Bien lo necesito, caramba, porque tengo una dejadez y una pena tan grande en el estómago que es por demás. Siento una bulla interior que ya, ya! Pero no sé qué tomar, estoy vacilando entre las dos cosas: *chuletas* ó *caracoles*, y me parece que me decido por las dos. Mira, Donato, tráeme caracoles y chuletas, con vino, una ración cumplidita de sardinitas de *endenantes* y un quesito.

—¿Helado?

—No, hombre, de bola.

Y el mozo parte como un rayo hacia el mostrador, mientras á Ezequiel no le llega la camisa al cuerpo, porque según su cuenta, no lleva en el bolsillo más que unos siete reales, en vista de lo cual se entabla entre los amigos este diálogo á la sordina:

—Remigio, ¿tienes dinero?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Cinco reales.

—¡Me has muerto!

—¿Pues cuánto quieres?

—Lo menos un duro, para pagar.

Remigio se vuelve á Paco Zancas:

—Dame un duro.

—No tengo más que tres reales, en perras.

—Pues pide con disimulo á López.

Consultado López, declara no tener un ochavo, y aquí empiezan los apuros y los sudores de aquellos abonados á la cuarta pregunta.

María Rosa pide un papelito de cigarro y un lápiz, y escribe lo siguiente:

«Amigo Tarín: es *ustez* un pícaro que no *ciere* tocar-nos el bolero de las visceras. *Sulla afeztisima* María Rosa.»

Donato, que acaba de llegar con la opípara cena, se encarga de llevar al pianista esta misiva, advirtiéndole que ya ha tenido varias exigencias, pues don Pepito está siempre muy solícito. A todo esto doña Espectación se ha engullido una chuleta de padre y muy señor mío, y se entretiene en chupar caracoles, exclamando á cada soberano pellizco de panecillo y á cada mojada en salsa:

—Donde me ven ustedes, estoy comiendo sin gana, porque tengo perdido el estómago.

—Pues el día que usted le encuentre, contesta Ezequiel, ya se puede preparar el cocinero.

Otro se acerca y dice:

—Las francesillas están quemadas porque Tarín no toca la *Traviata*.

Pero en este instante el piano preludia aquello de:

Gran Dio, morir si giovine!

y las *Perogordas* braman de indignación al ver el desprecio que se hace de la música clásica.

Observemos á la peínera, que devora un *grande de limón*, porque dice que tiene bilis con las cosas del Gobierno. Un estudiante de medicina la ha rogado que saque la lengua para cerciorarse del verdadero estado de su salud, y ella abre la boca de par en par para que los contertulios se fijen en sus blancos dientes. Melitón, el peínero, les guiña el ojo, dándose á entender que va á hacerla hablar, y la presidenta de aquel embrión de club, se expresó así:

—Hay que desengañarse: salimos de Herodes y entramos en Caifás: estos son los mismos perros con distintos bozales. La nación está trinando; nadie tiene una peseta, ni nadie hace caso del comercio, y sino que lo diga éste que no vende ni un mal cuerno. ¡Qué tiempos! Y la culpa la tienen los liberales por ser tontos. Yo me he pasado la mano por la cara y ya no soy la que era; porque esto está visto y hay que arrimarse á la gente que gasta peinetas de concha. Gato constipado huye del agua caliente, y ya saldrán las que hay en casa guardaditas, que á peso de oro las hemos de vender! Callen ustedes por Dios, que da náuseas ver que ya nadie se peina ni se lava la cara. ¡Pobres artistas! Figúrense ustedes que en ocho días hemos despachado por junto una lendrería! Claro, para alguno de la situación, porque todos traen que rascar. ¿No he de tener bilis? ¡Y tanto como decían estos hombres que íbamos á atar los perros con butifarras!... ¡Pinturas y nada más que pinturas! Del dicho al hecho hay gran *techo*!

Llega el fatal momento de la liquidación en las mesas de las *Perogordas*, y Ezequiel palidece. El mozo, cuando nadie se acordaba del santo de su nombre, ha dicho: «¿Llamaban ustedes?» y esto es tanto como decir: «¿Me pagan ustedes, ó no?» Doña Espectación, por debajo de la mesa, toca en la rodilla á Ezequiel; éste baja la mano, y la viuda de Caña deposita en ella una moneda de veinte reales, con el busto de cualquier rey cesante. La dignidad del muchacho parece inclinada á resentirse, y ella le dice con disimulo:

—Hombre, no sea usted niño. Lo he comprendido todo; ¡hoy por tí y mañana por mí!

—¡Qué rasgo! piensa Ezequiel.

—¿Cuánto es todo, Donato?

—Ocho pesetas y diez céntimos, señorito.

Ezequiel, que estudia matemáticas, echa esta cuenta: de 27 á 32, van 5.

—No tengo bastante.

—Te equivocas; esto no debe importar más que veintisiete reales.

El mozo rectifica:

—Lo mismo da.

—Pues toma; y le entrega cuanto tenía en el bolsillo.

—Este duro no es duro, replicó Donato con gravedad, es de 19. Napoleón... ¡y ya andan pocos!

—¡Napoleón! exclaman todos sorprendidos.

Y Crucecita, con sumo candor, añade:

—Pues mamá tenía uno, pero falso.

Doña Espectación se atraganta con una corteza de queso de bola; bebe agua y se le va por las narices. Ezequiel se aturrulla. Donato ha sonado y examinado el Napoleón, y dice con sorna:

—Pues éste también es falso.

En aquel difícil momento, preludia Tarín una nueva pieza, y varias voces que ahogan la del mozo, vienen en socorro de Ezequiel:

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Música! ¡Música!

Y las niñas repiten:

—¡Música! ¡Música!

Y la mamá añade:

—¡Música! ¡Música! ¡Música!

En tanto llega, reventando de gozo, Telesforo Dávila, otro imberbe contertulio de las *Perogordas*, que acaba de ganar veinte duros de un golpe, y grita descompuesto:

—¡Hola, mamá! ¡niñas! ¡señores!... Donato, devuelve ese dinero á escape, que aquí no paga nadie esta noche, y tráeme jamón, merluza, salchichón de lenguas, vino de Rueda, dulce de guinda, café, ron y habanos de los mejores.

—¿Pues cómo es eso? dicen todos alegremente sorprendidos.

—Toma, porque me ha tocado...

—¿El qué? pregunta una niña.

—¡Aquello!

—¿Qué es aquello?

—Las niñas, la interrumpe doña Espectación, no son curiosas. Él paga, y no nos importa lo demás.

Y dice á Dávila al oído:

—¿La ruleta, eh?

Y Dávila insiste en que han de tomar todos un *plus-café*. Las niñas le piden puro y con poco azúcar. Mamá demanda una copita de *aniseta de Bordón* y los amigos una ronda de coñac y marrasquino.

Tarín toca la *Lucrecia*, y el auditorio de la mesa de las *Perogordas* se indigna porque no le llega su turno á Meyerbeer.

—¡Noche prosaica! exclama María Rosa.

Las francesillas repican en un vaso con el cuchillo, y nadie responde.

—¡Qué servidumbre la del *Asiático*! murmura Nemisia.

Y vuelve á estrellar su mal humor en el cristal.

El timbre del mostrador se agita; acude gruñendo el mozo á la mesa donde tocan á rebato y dícele Casta:

—Domingo, nos retiramos; porque la niña está fatal de la cabeza y yo también estoy algo echada á perder. Distraída me he venido sin un *séntimo*. Mañana pagaremos. ¿Cuánto se le debe á usted?

—Con lo atrasado, quince duros y dos reales.

Nemesia pega un bote.

—¿Quinse duros?

Y añade Casta:

—¿Está usted en su *juisio*?

—Diez y siete cenas; nueve almuerzos; un té; siete reales de fósforos; ocho de periódicos; y tres duros á préstamo; trescientos dos justitos.

—Domingo, esto es *ferós*, no puede ser.

—¿Deber nosotras *quinse* duros? ¡Ni en mi vida ni en mi alma!

—Nosotras, berrea la *francesilla* mayor, pagamos casi siempre al contado; y lo que no, lo abonan los amigos que se sientan en nuestra mesa. Ya ve usted qué *desensia* sería que nos dejaran pagar cuando *conosemos* á tantas personas finas.

El mozo va á hablar y Casta se lo impide.

—Calle usted, hombre, calle usted; que ya no puede venirse á este *establesimiento*. Los tres duros sí *hase*mos memoria de habérselos pedido á usted un día que nos salimos de casa distraídas; las *senas* también es posible nos las hayamos *senado*, y los *almuersos* pasen; ¡pero lo demás!... ¡Y el caso es que los que lo oigan, podrán creer que!... *Cabayero*, añade dirigiéndose á un *gomoso* pedazo de almidón, nuevo en aquella plaza, que oye la cuestión desde la inmediata mesa. Sea usted *jues*: este *moso* está trascordado y se empeña en abochornar á dos señoras. Yo soy Casta Venera, y mi hermanita, huérfana también, Nemesia Venera, servidoras de usted. Papá,—de Dios *gose*,—fué Contralor; y como nos ven solas... ¿usted comprende? se ataca á nuestra *reputación*. *Cabayero*, debemos á usted ciertas *explicaciones* sobre lo de los *quinse* duros, y estamos dispuestas, la niña y yo, á dárselas, porque esto no puede quedar así. Haga usted el *orsequio* de venirse con nosotras, y se lo explicaremos todo.

—Sí, *cabayero*, añade Nemesia, sentimental; venga usted un momento á la calle de *Peligros*; nosotras quedaremos en el lugar que nos *pertenese* y usted tomará posesión de su casa.

—¡Muchacho! dice el tranquilo don Quijote, arrojando una moneda de cinco duros sobre la mesa, cóbralo todo.

—¿Y lo atrasado?

—Eso otro día, ¡por Dios! repone Casta.

Las *francesillas* recogen; el relamido, por ir de prisa, se chamusca la lengua con el último sorbo de café, y se levantan cuando empieza el piano la *Rondalla de Zaragoza*.

—¡La *Rondalla*! ¡la *Rondalla*! exclama Nemesia entusiasmada, y la hermanita contesta:

—Niña, vámonos, que esta noche nos piden dinero.

Y de prisa y corriendo, y á medio abrigar, y tomando al descuido los terrones de azúcar que se dejó su acompañante, deslízanse presurosas las *francesillas*, entre las toses, risas y maliciosos murmullos de aquella sociedad.

La peñera guiña el ojo á las *Perogordas*, como diciéndolo: «ésas ya pescaron;» y la chismografía y el movimiento aumenta con la entrada de las señoras llamadas de *última hora*. Una vieja de pañuelo de hierbas á la cabeza, entra con una niña de sombrero de plumas de gallo. La primera pide vino y carne; la segunda leche con bizcochos; el proveedor que traen al margen toma chica gaseosa. Luego aparecen dos lagartos disfrazados de mujer, que esperan que sea más tarde para refrescar, y eso que el reloj señala la una y media. Y á este tenor vanse reproduciendo las figuras de este cuadro.

Acabóse la *Rondalla* y los disparos de fusilería imitados por Tarín con las yemas de los dedos, y éste cierra

el piano de golpe en señal de que la *soirée* filarmónica ha dado fin. Al estrépito, despiértase doña Espectación, que hacía rato no *espectaba*. Las niñas interrumpen sus diálogos parciales y efervescentes, con cada uno, y al advertir que el petróleo de las lámparas se ha retirado, quedando sólo un par de mecheros de centinela, levanta el campo la comitiva de la calle del Olmo, no sin haber satisfecho Dávila cuarenta y cinco reales y uno de propina, importe del festín.

—¿Quieren ustedes más? dice el derrochador.

Y la mamá *Perogorda* exclama:

—¡Jesús! Me he quedado *interpuesta* y se me olvidaba lo principal. Donato, haga usted el favor de darme un mojicón. Si no tomara algo antes de acostarme, me podrían hacer daño los caracoles. Vamos, niñas, vamos, que mañana es domingo y hay que madrugar para ir á *Misa de dos*. Taparse bien, que puede cogerlos un aire. Debe ser muy tarde; ya está apagado el *Asiático*. ¿Veis? Ya apenas quedamos señoras.

—Cójase usted, *mamáita*, dice Ezequiel. No me ha dado usted mal susto con el napoleón falso.

—Hijo, ¡qué quiere usted! No sabíamos cómo salir del atasco; y dije: puede que pase.

—¡Andiamo! gritó Dávila enlazando mano y brazo con los de María Cruz. Y detrás marchaban en doble hilera, y unidos de manera tan expresiva, María Dolores con Paco Zancas, María Francisca con López, y con Remigio, María Rosa. Todos llevan en la boca un palillo de los dientes, como los héroes antiguos ostentaban sus trofeos de victoria, y doña Espectación, al salir, saluda al pianista con estas frases, acompañadas de un suave empujón:

—Abur, bribonazo; al fin nos vamos sin que nos toque usted las *Antorchas*. Taparse, chicas, taparse. Écheme usted encima el embozo de su capa, *Zequiel*, que hoy vengo algo ligera:

Y al poner el pie en la calle exclama la buena señora:

—¡Behrr!... ¡qué noche tan *frigola*!

En amena y sabrosa plática de entre gallos y media noche, se transportan á su casa, delanteras á cuatro ó á cinco varas de distancia de su tarda madre, aquellas cuatro Marías, residuos de la letanía del difunto Caña. Su viuda va colgada del brazo de Ezequiel, y si pronuncia alguna palabra entrecortada, es soñando, pues desde que acabó de cenar está dormida. Llegado á su término aquel tren humano de recreo, tocan redoble de apretones de manos entre los asociados, y doña Espectación derrama lágrimas de gratitud, por efecto de la helada que cae. Niñas y almibarados mozalbetes llaman gritando al sereno, en escalas y variadas tesituras:

—¡Ceferino! ¡Ceferino! ¡Ceferinooo!...

Mas como la mamá no se halla suscrita á este funcionario, saca un descomunal manojó de llaves que traía en la faltriquera, exige la contribución de fósforos para subir la escalera de las nubes, que los amiguitos se apresuran á satisfacer, á pesar de que hay luna, y la sociedad ambulante se disuelve, despidiéndose hasta la noche siguiente.

Los amigos hacen coro al sereno que canta las dos y cuarto, y conviniendo en que todavía es temprano para retirarse, vuélvense al café *Asiático*, donde ha aparecido otra estrella: la Felipa, ondina de Lavapiés, digna de ser descrita si no fuera tan tarde. Allí comparte el imperio de la madrugada con la peñera; y mientras destripa dos ó tres botellas en compañía de varios *amateurs* de la aristocracia populachera, la impertérrita oradora proclama las excelencias de la mujer libre, los derechos



LA VIRGEN DE LOS CONCELLERES

RETABLO DE LUIS DALMAU



ENCUENTRO DEL DANTE Y MATILDE

CUADRO DE ALBERTO MAIGNAN

que la igualan al hombre bajo los múltiples aspectos de ciudadana, individua del *club* de la *Salvación pública*, directora de huelgas, y parroquiana del *Café Asiático*, terminando su *speech* al anunciarse las burras de leche; con este apóstrofe:

—¡Paso á las señoras! ¡Paso al *café*! ¡La mujer vela! La mujer madruga, y... ¡ay del hombre que trate de ponerle la ceniza en la frente, porque: Á río revuelto ganancia de *pecadoras*!

FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA (1).

Porvenir de las almas

A. R... EN LA MUERTE DE SU HIJA

Si de vuestra hija fué estrella
dar tan niña el alma á Dios,
¡ay, feliz mil veces vos!
¡dichosa mil veces ella!
pues ya huella
las celestiales alturas,
no halle en vos nunca lugar
el pesar,
porque para almas tan puras
morir es resucitar.

¿Para qué lloráis pérdida
esa prenda de amor tierno,
si por un lugar eterno
dejó un lugar de *partida*?
Si es la vida
caos de dudas y penas,
¿quién la muerte, al que bien quiere,
no prefiere,
si el que vive, vive apenas,
y *resucita el que muere*?

Siempre, llena de consuelo,
viendo á un ser puro sin vida,
la multitud de fe henchida
prorrumpen:—¡Ángeles al cielo!

¿Ni á qué duelo
es mostrar, cuando la carga
de la existencia maldita
Dios nos quita,
si tras de una vida amarga
muriendo se resucita?

No dé á vuestra alma afligida
la más leve pesadumbre
esa negra incertidumbre
del *más allá* de la vida.

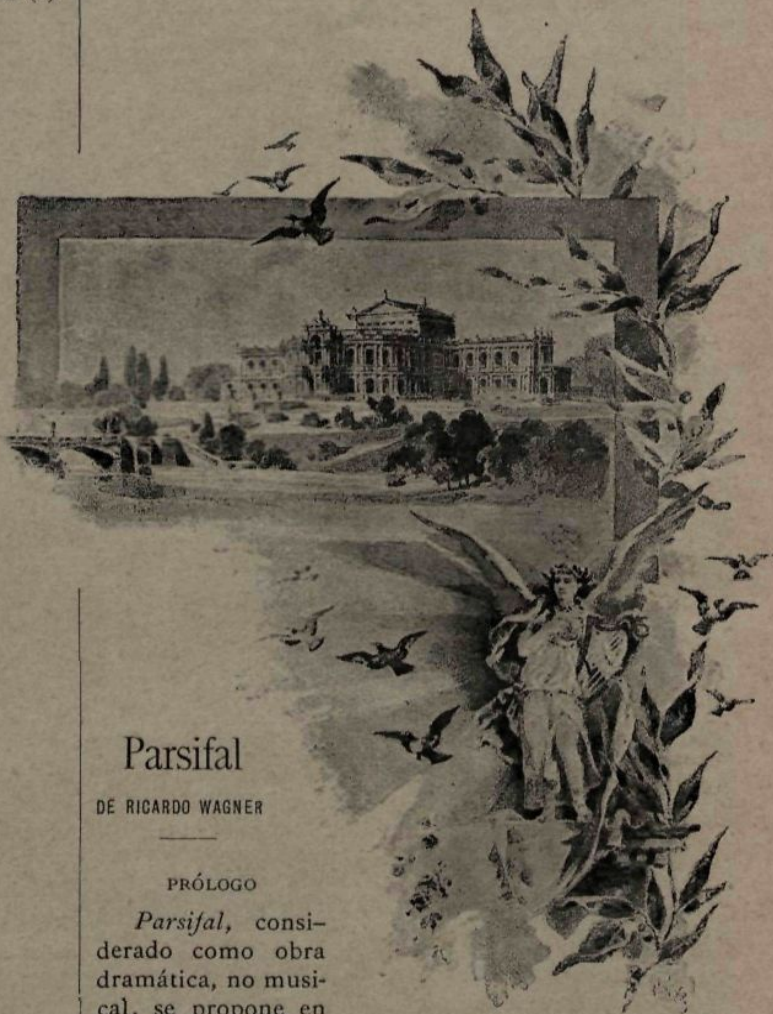
Si es mentida
la fe de ulterior solaz,
al menos, los que viviendo
van gimiendo,
en otro mundo de paz
resucitarán muriendo.

(1) Don Fernando Martínez Pedrosa, fallecido en Madrid reciente y prematuramente, era un literato que, aunque no considerado como de primera fila entre los contemporáneos, ocupa un sitio muy distinguido en el género satírico y de cuadros de costumbres, que cultivó con preferencia. En sus mocedades escribió también para el teatro, y no sin lucimiento, pero su vocación era decididamente ir por donde habían ido Larra, Mesonero Romanos y Selgas, cuyas huellas siguió sin perjuicio de su originalidad y personalidad literaria. Buena prueba dió de ello en multitud de trabajos de aquella índole esparcidos en periódicos y revistas, y muy especialmente en la colección de ellos que con el título de *Perfiles y colores* publicó en Barcelona, en los que revela mucho espíritu de observación y gran fuerza expresiva realizada por un lenguaje sumamente castizo y correcto. Uno de los cuadros más felizmente observados y mejor descritos de los que forman parte de dicha colección, es el titulado *Las señoras del café*, que hoy reproducimos para deleite de nuestros lectores.

Ya habita, aunque el desconsuelo
os haga implacable guerra,
un *triste* menos la tierra
y un *dichoso* más el cielo.

De su vuelo
iréis vos, muriendo, en pos
sin cesar,
pues para justos cual vos
morir es resucitar.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



Parsifal

DE RICARDO WAGNER

PRÓLOGO

Parsifal, considerado como obra dramática, no musical, se propone en primer término representar en esta

forma, y personificada en el héroe del mismo nombre, la influencia maravillosa y benéfica que en el corazón humano ejerce el santo amor de la caridad. Para lograrlo, no traza los rasgos de un personaje ilustre, sabio é inteligente, sino, al contrario, los de un hombre sencillo, ignorante, sin educación ni trato del mundo, y, más que todo esto, casi insensato ó estúpido, sin duda para demostrar que, si en vez de tales condiciones, produce tamaños prodigios, mayores y más fructuosos deben ser sus efectos en quienes están adornados de prendas más relevantes.

El poeta, para conseguir su fin, se ha abstenido con mucho juicio de buscar un tipo de esta especie en el mundo que lo rodea, porque sería difícil hallar, y, juntas en una sola persona, tanta sencillez y tan profunda fe. Los alemanes, por otra parte, no tan extraviados como otros pueblos, no ignoran su pasado casi por completo, aun habiendo sido grande y esclarecido, ni dan pruebas repetidas de despreciarse á sí mismos, acudiendo á las invenciones modernas de otros países para encontrar

Teatro de Munich

argumentos apropiados á sus proyectos dramáticos, ni desatienden riquísimos tesoros ignorados de esta especie, que son su patrimonio nacional.

En la segunda mitad del siglo XII, y á principios del XIII, floreció en Alemania un célebre poeta, llamado Wolfram de Eschembach, que brilló extraordinariamente en esa edad poética y en la corte del landgrave Herman de Turingia, por su imaginación y por su ingenio, por su inventiva en la forma y en el fondo de sus composiciones, y por su maestría en el manejo de la lengua. Una de sus obras, quizás la más notable, es un poema titulado *Parzival*, origen y fundamento esencial de esta obra de Wagner (1). El *Parzival* de Wolfram de Eschembach provenía á su vez de otro poema de un provenzal llamado Guiot, que vivió á fines del siglo XII, destinado á ensalzar y divulgar la leyenda del Graal, escrito en la lengua francesa del Norte, y tomado, según asegura su autor, de un manuscrito árabe, hallado por él en Toledo, y de una crónica latina del país de Anjou. La historia de *Parzival* es una de las insertas en el último poema citado. La palabra *Gral* ó *Greal* parece de origen céltico, y designa un vaso de la forma de un plato. Estaba formado este vaso de una sola piedra preciosa, y eran singulares sus virtudes para santificar y dar la vida, habiéndolo traído los ángeles del cielo á la tierra, y confiado su guarda á los Templarios, que velaban constantemente en su defensa en una montaña inaccesible y en un castillo fortificado, que tenía la apariencia de un templo (*burgo*). Supónese que esta leyenda, mezcla confusa de elementos orientales y cristianos, nació á principios del siglo XII en España y en el Mediodía de Francia, á consecuencia de las guerras de moros y de cristianos. Algo más tarde se modificó esta leyenda con las del rey Artur y la Tabla redonda, significando el santo Graal el plato en que comió Jesucristo el cordero pascual cenando con sus discípulos, y que José de Arimatea se llevó consigo, después de la muerte de nuestro Redentor, depositando en él, al sepultar su Divino Cuerpo, sangre y agua que había corrido de sus heridas y de su costado. De aquí el nombre de *Sang Real* ó *San Greal*, Sangre Real ó Sangre del Señor. José se encaminó luego á Inglaterra con esta preciosa reliquia, y la cedió á uno de sus sobrinos, después de convertir al cristianismo á todo el país. Perdida más tarde, muchos caballeros se propusieron encontrarla, y de aquí la relación de sus innumerables aventuras, que forman un ciclo completo de novelas y poesías de la Edad Media. Con estos ligeros antecedentes se explican y comprenden el lugar de la acción en montañas entre la España gótica y árabe, el traje de los caballeros, la impresión que en ellos hace la contemplación de esa reliquia sagrada, y las virtudes maravillosas que se le atribuyen, hasta conservar la vida de Titurel, encerrado en su féretro.

La acción ó fábula de este poema, dividido en tres

actos, supone que, antes de comenzar, un caballero perverso y ambicioso, llamado Klingsor, había intentado en vano entrar en esta Orden. No habiéndolo logrado, y lleno de despecho, vengóse apelando á la fuerza de los encantos, por cuya virtud Amfortas, hijo de Titurel, el último maestre, en cuyo cargo le sucedió, se dejó vencer de la concupiscencia sensual, gravísima falta para estos caballeros, que habían de distinguirse por su castidad, arrastrado ó seducido por una mujer bellísima (Kundry), dócil instrumento en las manos de Klingsor. Con el vaso del Graal se guardaba también otro preciosa reliquia: la lanza con que fué herido Nuestro Señor. Esta lanza, cometida la falta de Amfortas, fué robada por Klingsor, mientras yacía aquél en los brazos de la encantadora, siendo también herido con ella por el traidor. Como la



Exterior del teatro de Baireuth

pagana de Telefo era también, aplicada á la herida, su único remedio. La fábula comienza, pues, exponiendo la situación aflictiva de Amfortas, deseoso de recuperar la salud, y apelando á los recursos ordinarios en tales casos, esto es, á buscar en todas partes medicamentos eficaces, ya bálsamos traídos de países remotos por diversos servidores del maestre, entre los cuales se cuenta la mensajera Kundry, bajo otra forma, no con la seductora que lo hizo sucumbir, y baños que toma en una laguna próxima al burgo. El acto primero empieza, pues, con los preparativos indispensables para este baño, con cuyo motivo se hace la exposición de lo que va referido, y se dan á conocer los principales personajes de la fábula, como Gurnemanz, compañero de armas de Titurel; padre de Amfortas, caballero digno por su edad, por sus virtudes y por sus hazañas del respeto de sus compañeros, y Kundry la mensajera, condenada por su desprecio al Redentor á vivir eternamente presa de agudos remordimientos sin disfrutar del consuelo del llanto, y sin expiar su pecado, hasta que tropezase con un hombre puro y casto que afrontara sus encantos y seducciones. Personifica el amor

(1) Quien desee más detalles acerca de este poema y de su mérito, puede consultar la obra de Gervinus, titulada *Handbuch der Geschichte der poetischen National-Literatur der Deutschen*, — París — Baudry's *Europäische Buchhandlung*, 1843, páginas 58, 60, 62, 64, 71 y 100, ó la titulada *Geschichte der deutschen National-Literatur*, von A. F. C. Vilmar. — Erster Band. Giebente vermehrte Auflage. — Marburg. Elmer's akademische Buchhandlung, 1875, tomo primero 167—180.

de los sentidos, sus errores y sus faltas y el influjo predominante que suele tener en la vida humana. Fácil es comprender que, viviendo entre los caballeros bajo dos formas, esto es, como mensajera de los mismos, y, cuando intentaba probarlos, con otra bellísima y en nada semejante á la primera, fácil es de suponer, repetimos, que muchos de sus dueños pecaran como Amfortas y como había pecado antes el mismo Klingsor.

Durante el baño del Maestre llega un cisne silvestre del lago, y cae herido en la escena por una flecha de Parsifal, que ignoraba la prohibición de matar los animales de este lugar sagrado. Gurnemanz, viendo su sencillez, y sabiendo que en virtud de una profecía, la herida de Amfortas había de curarse por la virtud de un hombre sencillo y puro, sabio ó prudente, por la compasión ó por la caridad, lo protege y lo reserva á fin de utilizarlo con dicho objeto, aprovechando la solemnidad, que se celebra



Interior del teatro de Baireuth

en este acto, del descubrimiento del Graal, y de su adoración por los caballeros. Parsifal, sin embargo, no corresponde á sus esperanzas, quejándose sólo del dolor que siente en el corazón al contemplar la herida de Amfortas, por lo cual es expulsado de la asamblea de los caballeros por el mismo Gurnemanz, aconsejándole que se abstenga en lo sucesivo de tirar flechas contra los cisnes, y preferir á los gansos ó á los ánares silvestres.

Klingsor, en el acto segundo, evoca á Kundry para emplear sus artificios y su hermosura contra el inocente Parsifal, que se acerca á sus dominios. Este encantador y mal caballero había transformado un terreno árido y desierto en magníficos jardines, en donde se levantaba su castillo. El héroe, que da nombre á esta obra, penetra en efecto en los dominios de Klingsor, siendo atacado por varios caballeros defensores de los mismos, compañeros de aquél, tan pervertidos como él, y coparticipes de los favores de diversas bellezas que lo pueblan. Parsifal vence á todos, maltratando é hiriendo á algunos, y los pone en vergonzosa huida. Sus amadas acorren, pues, para ver y seducir al extranjero intruso y batallador, y ponen á prueba su castidad, porfiando todas por llevárselo, y quedando frustrado su deseo. Kundry se presenta entonces, y extrema sus infinitos recursos y su extraordinaria hermo-

sura en seducir y corromper á Parsifal. Lo domina breves instantes, lo besa y lo estrecha contra su seno, pero el héroe al fin se sobrepone á una tentación tan temible, y entonces lo maldice, pide socorro, y aparece Klingsor amenazando al sencillo mancebo con la famosa lanza de Amfortas. Al querer herirlo con ella se queda suspendida en el aire sobre la cabeza del amenazado, que extiende su mano, la coge, y haciendo con la punta en el aire la señal de la cruz, desbarata el encanto, húndese el castillo, transfórmanse en desiertos los jardines, llénase el suelo de flores marchitas (las doncellas que quisieron seducir á Parsifal), y Kundry se desmaya dando gritos. Al llegar á lo más alto de la muralla, se detiene el protagonista un instante, mira á Kundry, dícele que lo busque en donde puede encontrarlo, levantándose ella á medias y siguiéndole con los ojos, y cae el telón.

El lugar de la escena varía también en el acto tercero, y el día, en que se supone ocurrir lo expuesto en él, no es uno cualquiera, sino el Viernes Santo. Gurnemanz, triste y desalentado, viendo que ni se curan las heridas del Maestre, ni florecen los caballeros por sus virtudes y sus hazañas; sino todo lo contrario, desesperando ya del remedio de estos males, se ha hecho ermitaño, abrumado por el peso de la edad, y aguarda de esta manera algún suceso imprevisto ó algún milagro que restituya á la Orden su vigor y brillo anterior. Al salir de su choza cree oír un gemido ahogado, y encuentra á Kundry, rígida y casi exánime, oculta en un matorral. Conserva el traje fantástico de mensajera, sin la belleza y los encantos fascinadores de la mágica, con los cuales seducía y ponía á prueba la castidad de los hombres; se ha despojado por completo de su carácter feroz y de su extraño lenguaje; se transforma, en suma, en una criada de Gurnemanz. Parsifal se presenta entonces armado de pies á cabeza con una armadura negra y con lanza y escudo. Gurnemanz no lo conoce. Hasta parece ignorar los deberes más vulgares de la cortesía, y el día augusto y solemne para la cristiandad, en que encuentra de nuevo á su antiguo protector; pero la alegría de éste al averiguar que trae la lanza tan deseada, y las reflexiones que hace á Parsifal, despiértanlo de su letargo, y por último, es llevado por Gurnemanz y por Kundry junto á una fuente sagrada, en donde lo despojan de sus armas, le lavan los pies, rocían su frente con el agua bendita, y al fin es ungido por ambos con el contenido de un frasco, que lleva Kundry en su pecho. Parsifal, entonces, cumple su primer deber de maestre del Graal bautizando á Kundry, que llora por primera vez copiosamente. Esta escena es de las más bellas y de las de mayor efecto. Al sonar la hora del medio día, Gurnemanz se adorna con su manto de caballero del Graal, y él y Kundry visten lo mismo á Parsifal, y los tres desaparecen, cambiándose la decoración y reapareciendo el salón del Graal como en el primer acto. Los caballeros se adelantan con el féretro de Titurel, trayendo otros la litera de Amfortas, precedida de la urna cubierta del Graal. Al abrirse el féretro de Titurel, y contemplar su cuerpo inanimado, prorrumpen los circunstantes en gemidos y gritos lastimeros; Amfortas se desespera, pide la muerte y exhorta á los caballeros á dársela. El conflicto inevitable y su apariencia de imposible resolución, termina al cabo de una manera inesperada, presentándose Parsifal, confundido hasta entonces entre los demás caballeros, tocando con su lanza el costado de Amfortas, que se ve libre de sus dolores, y adorando todos esta arma milagrosa, mientras Parsifal sube las gradas del altar, toma en sus manos el Graal, se arrodilla y se abisma

contemplándolo en profunda oración mental. El Graal resplandece con todo su brillo, desciende de la cúpula una paloma blanca, que se cierne sobre la cabeza de Parsifal; Kundry se desmaya lentamente y cae inanimada en tierra, y Amfortas y Gurnemanz, de rodillas, rinden homenaje á Parsifal, que mientras tanto mueve el Graal solemnemente, y bendice á toda la asamblea, que ora con la mayor devoción.

De todo lo expuesto se deduce que el *Parsifal* de Wagner, sin proponerse la resolución de ninguna de esas mal llamadas cuestiones sociales, que no existen en este concepto, puesto que todas han sido ya decididas antes de ahora completamente por nuestra religión, desenvuelve una verdad moral de tan innegable trascendencia como indisputable utilidad. Es una creación alemana bajo todos sus aspectos, opuesta á las francesas, y cuyo objetivo es la piedad y la fe, cuando en las últimas suele serlo el ateísmo y la incredulidad. Su fuente ha sido la poesía nacional alemana, no la extranjera, porque los alemanes, que con razón se creen valer mucho, prefieren los materiales propios á los ajenos, y enseñan así á otros pueblos, que por desgracia hacen lo contrario. La distribución de sus actos y la de las escenas de éstos está trazada en absoluto con acierto y con sobriedad, sin perder nunca de vista que el enredo, los personajes, las pasiones y las situaciones dramáticas, han de acomodarse á las exigencias de la música. Los efectos están bien calculados, y hay algunas escenas de belleza extraordinaria, sobre todo en el acto segundo y en el tercero. Los personajes, aunque no tienen esa vida particular y característica de las grandes composiciones dramáticas, defecto casi general en nuestros poetas, no la necesitan tampoco, porque no es lo mismo el libreto de una ópera que una tragedia ó una comedia, y en cuanto lo demanda la índole de esta clase de obras, conservan su carácter propio y son consecuentes consigo mismos. Por lo demás, tratándose de un poema de estas condiciones, abundan en él, como es natural y hasta necesario, los elementos teatrales indispensables para producir el efecto deseado; esto es, procesiones públicas, comidas comunes, grandes y augustas solemnidades, soberbias y variadas decoraciones, que recrean la vista y prestan mayor gravedad al espectáculo, y mucha frescura, mucha originalidad y no escaso buen gusto en sus pormenores ó detalles.

(Continuará).

E. DE MIER.

NUESTROS GRABADOS

Don Fernando Martínez Pedrosa

Véase *Las señoras del café*.

La Virgen de los Concelleres

RETABLEO DE LUIS DALMAU

Guárdase la interesante pintura, que publicamos, en el Archivo municipal de Barcelona. De ella han hablado diferentes escritores con peregrino encomio, á causa de las muchas bellezas artísticas que contiene y por ser curiosa manifestación de la influencia del flamenco Van Eyck en el arte pictórico de Cataluña. Pintólo Luis Dalmau en 1445, y á pesar de que en el contrato firmado por él se obligaba á poner los fondos de oro, al modo gótico, no lo hizo en el retablo sino que siguió ya las corrientes del Renacimiento, empleando exclusivamente el oro en la corona de la Santísima Virgen. «Dalmau, como hace notar muy á cuento don Francisco Suárez Bravo en su erudita obra *Estudios sobre el Renacimiento en España*, no sigue los principios de ninguna de las escuelas italianas contemporáneas, como parecería natural, dada la posición geográfica y las relaciones políticas de Barcelona, sino que busca su inspiración en el primitivo arte flamenco, acaso en el mismo taller de Juan Van Eyck. Como la historia procede al azar, nunca las relaciones comerciales entre

las plazas de los Países Bajos y el puerto más importante de la corona de Aragón en el Mediterráneo nos dan la única explicación aceptable de esta singular anomalía.»

El estado de conservación de esta tabla es excelente. Los concellers que en ella figuran son Juan Lull, Ramón Zavall, Francisco Llobet, Antonio de Vilatorra y Juan Junyent, quienes fueron elegidos en 30 de Noviembre de 1442. Los Concelleres están en actitud de adorar á la Santísima Virgen y al Niño Jesús, que ocupan el centro del cuadro, presentando á aquellos magistrados de la ciudad sus patronos Santa Eulalia y San Andrés. «Hasta ahora—dice el alemán Justi en la pequeña monografía de este retablo, incluída en la obra de Suárez Bravo—no se ha encontrado otro cuadro que lleve la firma de Dalmau, ni hay noticias de ninguno suyo ó de algún discípulo; lo cual extraña, pues pinturas del siglo XV no son raras en Cataluña.» «La única pintura de un catalán del mismo siglo—añade más adelante—que en el empleo exclusivo de los colores y en el paisaje concuerda con Dalmau, es la que vimos en la rectoría de San Cucufate del Vallés, único resto del retablo de la iglesia, cuyo autor fué Maese Alfonso (1473) y que representa el martirio de San Medin.» De todo lo cual aparece con evidencia que la pintura de *La Virgen de los Concelleres*, es una obra interesantísima del siglo XV y que reúne mérito positivo. Por estas razones la hemos reproducido en grabado, que ha llevado á cabo el hábil artista señor Sadurní, ajustándose al original todo cuanto le ha sido posible.

Encuentro del Dante y Matilde

CUADRO DE ALBERTO MAIGNAN

Fuente de inspiración para los artistas de todas las épocas ha sido el maravilloso poema *La Divina Comedia* de Dante Alighieri. La ciencia de la Edad Media, hállase condensada en sus tres partes y singularmente en el Paraíso y vestida, además, con las más sólidas y al par las más esplendentes galas de la poesía. Dante reunió en su obra inmortal los elementos dispersos de su época, teología, ciencia filosófica, sucesos de la historia, tradiciones, y de todo formó un conjunto de una unidad portentosa, imprimiendo mayor vida y mayor significación á todos aquellos asuntos. Es, pues, la *Divina Comedia* cifra y compendio de una época, que ha sido denigrada sistemáticamente, ó por los que no la conocían en absoluto ó por los que llevaban el oculto propósito de rebajar á la Iglesia Cristiana, ya que á ella se debió por entero el vuelo que tomaron las ciencias filosóficas y la inspiración de los artistas desde la caída del Imperio de Roma hasta el período llamado del Renacimiento. El poema del Dante, y la misma figura de su autor, han dado motivo, conforme lo decimos en el comienzo de estas líneas, á creaciones bellísimas en todas las artes, y singularmente en la pintura y en la escultura. Artistas impregnados de modernismo, como se dice ahora, no han vacilado en acudir á los tercetos del Dante á fin de buscar asunto para sus producciones. En este número se halla el francés Alberto Maignan, quien á la vez que trataba temas de actualidad, inspirábase en el *Purgatorio* para elevar su pincel á regiones de mayor sublimidad y grandeza. Las tiene el tema del *Encuentro del Dante y Matilde*, en el canto XXVIII, de la segunda parte de la *Divina Comedia*. Dice allí el poeta florentino:

*E là m' apparve, sì com egli appare
Subitamente cosa, che diria
Per meraviglia tutt' altro pensare,
Una donna solita, che si gia
Cantando ed isciegliendo fior da fiore,
On! era pinta butte la mia via,*

«Y allí se me apareció, presentándoseme de improviso y apartándose por maravilla de todo otro pensamiento, una mujer sola que se alejaba cantando y cogiendo una á una las flores de que se hallaba sembrado su camino.» ¡Hermosa visión que preludia ya, en los últimos cantos del *Purgatorio*, las inefables dichas y los esplendores del Paraíso! Alberto Maignan ha impreso en su cuadro la idealidad poética contenida en los tercetos. Firme en el dibujo, teniendo sus figuras más cuerpo del que ofrecen en otros ilustradores del Dante, mostrando algo de terreno en determinados pormenores, el conjunto de la pintura resulta no obstante nobilísimo y digno del poema que inspiró á su autor. Por esta causa y para mostrar á nuestros lectores cómo trata la escuela moderna aquella clase de asuntos, tan menospreciados por los naturalistas intransigentes, hemos publicado el grabado que va en este número y cuyo interés no debemos encarecer á nuestros lectores.

Mesa revuelta

El uso de los anillos se remonta á la más grande antigüedad, puesto que ya los usaban los egipcios, hebreos, persas y griegos, de cuyo último pueblo pasaron á los romanos. En algunos países se llevaban anillos hasta en los pies. En Roma los anillos servían para distinguir las diferentes categorías entre los ciudadanos; en los primeros tiempos de la república tan sólo á los senadores estaba permitido el uso de anillos de oro, pero más tarde se hizo

extensivo este privilegio á los caballeros, luego á las otras clases de ciudadanos, dejando de ser por fin una distinción especial. El anillo de hierro, no obstante, fué siempre la señal característica de los esclavos.

Los anillos servían á menudo como hoy día para sellar (*annuli sigillarii*); el marido, el día de las bodas, daba uno á su mujer (*annulus nuptialis* ó *sponsalisus*), y esta costumbre se ha conservado hasta nosotros; al morir se dejaba el anillo á la persona que se quería designar por heredero ó menor.

El anillo, junto con el *báculo*, constituyen el símbolo del poder episcopal; lo da el papa á los obispos, arzobispos y cardenales; ordinariamente es de oro, y en el centro hay incrustada una amatista. El anillo del pescador es un anillo ó sello con el cual sella el Papa los breves apostólicos. Lleva como emblema la imagen de san Pedro sentado en una barca. El uso de este anillo se remonta á los primeros siglos de la Iglesia. El anillo debe romperse á la muerte de cada Pontífice.

M. de Navischkin veraneaba en una deliciosa quinta en el camino de Peterhoff. Temiendo un día tener que comer solo con su familia, cosa que le fastidiaba mucho, tomó un anteojo, una gran bocina y subió á la azotea ó mirador de su casa. La bocina venía á sustituir los billetes de invitación. Sucedió, pues, que aquel día vió con el anteojo una linda carretela en la cual iba un hombre muy bien vestido y detrás de él un lacayo; quedóse tan admirado al verle, que empezó al punto á gritar valiéndose de la hospitalaria bocina: «¡Caballero! ¿quiere usted hacerme el honor de acompañarme á la mesa? Se lo agradeceré muchísimo.» Con verdadera satisfacción vió que la carretela cambió de dirección y tomó el camino de su casa. Al llegar á ella, el desconocido dió las gracias á M. de Navischkin, á la bocina y á toda la familia; sentáronse á la mesa y M. Navischkin no le hizo ni una sola pregunta al invitado para no molestarle con vana curiosidad. Éste era francés, y sabido es que durante el reinado de Catalina los rusos deliraban por los franceses. Al poco rato vieron llegar un carruaje tirado por seis caballos; el francés lo observó con detención, y dando una excusa desapareció.

Algunos momentos después penetraba en las habitaciones de M. de Navischkin el príncipe Bariatinski.

—¡Ah! príncipe, ¿cómo no ha venido usted más pronto? dijo aquél.

—¡Ojalá! replicó el príncipe, porque me han dado una comida detestable.

—¿Y cómo ha sido eso?

—He mandado esta mañana á mi cocinero á la ciudad, y el muy tunante no ha vuelto todavía: estos franceses son indisciplinables... pero, calla, si no me engaño le veo en aquella carretela, huyendo como si se lo llevara el diablo; ¿qué hacía usted de este caballero?

—Se lo diré á usted, querido príncipe, ha comido con nosotros; es un hombre muy amable, de muy buena conversación y le perdono sinceramente la broma. Muy poco me han sorprendido sus observaciones sobre los entremeses, pero en cambio me he convencido de que mi comida era excelente, pues todo lo ha elogiado, mostrándose al propio tiempo muy conocedor del arte culinario.

Un infeliz persa, llamado Ali-Baba, hallábase en cierta ocasión en el extremo de un bosque, y notó que á poca distancia unos cuarenta sujetos penetraban furtivamente en el mismo. Movido por la curiosidad, determinó se-

guirles con el mayor disimulo, escondiéndose detrás de los árboles. Al cabo de poco tiempo vió que aquellos hombres se detenían delante de una cueva cuya entrada estaba cerrada por medio de una puerta que se abrió en cuanto el jefe, ó que tal parecía, pronunció estas palabras: *Sésamo, ábrete*. Ali-Baba se fijó mucho en ellas, y cuando vió salir á los cuarenta individuos de la cueva, pronunció aquellas mágicas palabras, y la puerta se abrió para darle paso. Entonces penetró en ella y quedó maravillado del gran número de riquezas que había allí amontonadas por los ladrones; pues aquellos cuarenta hombres eran ladrones que encerraban allí su botín. Añade la historia que Ali-Baba encontró el medio de deshacerse de aquellos malhechores y de apoderarse de sus riquezas, convirtiéndose por su parte en ladrón.

Por eso al hablar de un nombre que uno puede usar en un momento dado, de un documento que se posee y ante cuyos objetos se allanan todos los obstáculos, se dice: Tengo el *Sésamo ábrete* de todos los favores.

Para limpiar la franela sin que se encoja, se la coloca, para lavarla en un barreño, y se cortan sobre ella pedacitos de jabón de Marsella. Se vierte agua hirviendo de modo que llene el vaso, se agita con fuerza, se cogen con un palo las franelas y se introducen tres ó cuatro veces en esta agua jabonosa sin frotarlos, y en seguida se aclara en agua fría.

Un médico ruso aconseja un remedio muy eficaz para la curación de la gota, que consiste en tomar por la mañana y por la noche una ó dos cucharaditas de polvo de la planta *serracenia purpúrea*, cuyo tratamiento, por demás sencillo, asegura la curación de tan dolorosa enfermedad.

En la época que los astrónomos con sus telescopios acababan de descubrir las manchas del sol, é iba corriendo esta nueva por toda Europa, preguntó uno á otro:

—¿Qué se dice de nuevo por Madrid?

—Amigo mío, contestó el interrogado, corren muy malas noticias del sol.

Estaba un día de centinela un quinto á la puerta del Buen Retiro, con la consigna de no dejar entrar á nadie en aquel real sitio. Presentase un fulano.

—¡No se entra! dijo el quinto.

—Ya; pero si yo no quiero entrar, sino salirme del Prado.

—¡Ah! entonces, pase usted adelante.

Un barbero, parlanchín infatigable, fué á afeitarse por primera vez al rey Arquelao, y viendo que este príncipe no le decía una palabra, rompió el barbero:

—Señor, yo afeito de varias maneras; ¿cómo queréis que os afeite?

—Sin decir una palabra, contestó el rey.

—Puesto que la Iglesia es tan benévola y condescendiente, ¿no hubiera podido dividir la Cuaresma en cuatro partes, ordenando diez días de ayuno al principio de cada estación del año?

—Sí, hubiera podido, contestó el papa Benedicto XIV al que le hacía esta pregunta; pero no debió hacerlo, entre otras razones, porque entonces habría podido suceder muy bien que hubiese habido cuatro carnavales y ninguna cuaresma.

Por muchas personas que mandéis sacrificar nunca lograréis dar muerte á vuestro sucesor. Esto decía Séneca á su discípulo el cruel Nerón.

Si los pícaros fuesen capaces de conocer las ventajas que hay en ser hombre de bien, serían hombres de bien por picardía.—FRANCKLIN.

El que sabe leer, sabe ya la más difícil de todas las artes.—DUCLOS.

La verdadera y única riqueza de los pueblos es la sobriedad: el lujo es la pobreza de los magnates.—BONALD.

La falsa ciencia es una verdadera ignorancia adquirida.—HELVECIO.

El viejo muere en cada una de las personas queridas que pierde, y con él mueren una infinidad de personas que sólo vivían ya en su memoria.—A. FÉE.

Recreos instructivos

EL SIFÓN

Vaciar una botella por medio de una copa, esto lo hace todo el mundo; es más original vaciar una copa valiéndose de una botella, y esto se consigue fácilmente aplicando el principio del sifón, basado en la presión atmosférica.

He aquí cómo debe practicarse este experimento: agujereando el tapón de corcho por medio de una lima circu-



lar de las que llaman *rabo de ratón*, se introducen dos pajas de cebada de las que sirven para tomar sorbetes; una de las pajas debe tener la dimensión de la profundidad de la copa que ha de servir para el experimento, y la otra, doble dimensión que la primera.

Se cierra el orificio de la paja corta con un poco de cera ó miga de pan, y se introduce la otra en el agua que contiene la botella, hasta que salga por el tubo mayor improvisado.

Basta entonces invertir la botella, introducir el pequeño brazo del sifón en la copa llena de agua, cortar la paja en su extremidad obturada con la cera, y poniendo todo el aparato encima de una cubeta, se verá como la botella vacía hasta la última gota del agua de la copa, que saldrá toda por el brazo mayor del improvisado sifón.

Este experimento está, como hemos dicho, fundado en la presión atmosférica que actúa sobre el agua de la copa y la empuja hacia el pequeño vacío formado en la botella. Se hace más curioso el experimento mezclando alguna materia colorante al agua de la copa y entonces se la ve circular por la botella y caer en la cubeta presentando un color mucho más claro, por haberse disuelto más al pasar por un volumen de agua superior al de la copa.

JULIÁN.

Solución al logogrifo numérico anterior:

MARCELINO

CHARADA

Artillero y jugador
usan la *prima tercera*,
y si visten *tres primera*
resisten mucho mejor.

Por *dos tres*, el italiano
jura, aunque ídolo es,
y más de uno y más de tres
le adoran con vaso en mano.

Si *tres tres* agarra un mico
y lo asesta con descoco,
á cualquiera vuelve loco
y hasta le rompe el hocico.

La envidia, caro lector,
tiene *dos dos* maldecida,
y á su mancha, nuestra vida
le debe más de un dolor.

El *todo* es un ser enteco
que á cualquiera pone flaco;
da lumbre, rellena un saco,
forma colchón y hasta fleco.

RAFAELA.

PROBLEMA

.
.
.
.
.

Sustituir los puntos por cantidades de manera que sumados vertical y horizontalmente den el mismo resultado.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios para reproducirlas en *La Velada*, siempre que, á nuestro juicio, sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

BÉNÉDICTINE

De la Abadia
DE
FÉCAMP

LICOR
EXQUISITO et DIGESTIVO
SIN RIVAL

DEPOSITO : BURDEOS
108, cours du Jardin-Public

CRISTÓBAL COLÓN

por JOSÉ MARÍA ASENSIO

Edición monumental.—Se reparte por cuadernos á una peseta cada uno.

CASA DE ENTERA CONFIANZA

NOTA IMPORTANTE. — Con un pequeño aviso por correo se pasa á domicilio á tomar medida

WERTHEIM

LA ELECTRA

funcionando sin ruido

PATENTE DE INVENCION

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis. AVINÓ. 18 bis. — BARCELONA —

COMPañÍA GENERAL DE TABACOS DE FILIPINAS

El Secretario general
Carlos García Faria.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares. Para más informes.—En Barcelona, *La Compañía Transatlántica*, y los señores Ripol y C.^a, plaza de Palacio.—Cádiz; la Delegación de la *Compañía Transatlántica*.—Madrid; Agencia de la *Compañía Transatlántica*, Puerta del Sol, núm. 10.—Santander; señores Angel B. Pérez y C.^a—Coruña; don E. de Guardia.—Vigo, don Antonio López de Neira.—Cartagena; señores Bosch Hermanos.—Valencia; señores Dart y C.^a—Málaga; don Luis Duarte.